

DEL PASADO LEJANO

El Albayzín y el Sacromonte a través de la mirada de Cerdá y Rico

Carmen Fernández

La insolente luz del sol se ceba sobre los muros descarnados del abigarrado caserío del Albayzín, encaramado como un terrón de azúcar morena sobre las colinas que miran hacia la Alhambra. Centenares de callejas semiocultas serpentean por las escabrosas pendientes del barrio más antiguo de Granada. Al caminar, la arena y los guijarros desprendidos del pavimento chirrían quejosos bajo la suela de los zapatos. Huele a tierra mojada en los zaguanes umbríos de las casonas y en las proximidades encharcadas

de pilares y aljibes. Los tiestos de geranios adornan con sus vivos colores las desvencijadas balconadas de madera, desmayadas hacia el sinuoso cauce del río Darro. Por las tapias desportilladas de los huertos asoman cimbreantes las copas viejas de los cipreses junto a los ramos prietos y violetas de las glicinias. Unas niñas vestidas de domingo se detienen bajo la sombra de un emparrado para anudarse los lazos del pelo. Alguien se asoma al balcón como haciendo un receso en sus tareas domésticas. En el aljibe de al lado una mujer se acomoda en la cintura su pesado cántaro de agua. Y los vendedores ambulantes vocean por las calles la precaria mercancía que transportan a lomos de acémila: ¡Fresca y colorá!, ¡vendo sandía rajá, farfolla pa jergones, arenilla pa fregá el cobre, y cordones pal pelo! Al médico y fotógrafo Arturo Cerdá y Rico, asiduo visitante de Granada, debió fascinarle el Albayzín: un lugar misterioso y pintoresco, embriagado de aromas nostálgicos y de sutiles texturas que, expuesto a la fiereza de la luz canicular, muestra sin embargo su lacerante abandono y decrepitud.



Aguador en Plaza Nueva esquina con Cudilleros.



Niños en la placeta de San Nicolás.

A finales del siglo XIX y principios del XX, el barrio granadino que fuera siglos atrás solar de reyes es un pobre arrabal de la ciudad. La mayoría de sus moradores viven hacinados en viviendas minúsculas y en las habitaciones de paupérrimos patios de vecinos que comparten en régimen de alquiler. Las iglesias y conventos sufren el desamparo de las desamortizaciones y los ímpetus revolucionarios de la época, mientras que la burguesía local, propietaria de los espléndidos cármenes albayzineros, busca aposentarse en los nuevos y modernos espacios habilitados en la urbe -la flamante Gran Vía, las orillas del río Genil o la llanura de la vega junto a las estaciones del naciente ferrocarril- donde gozan de tendido eléctrico, de instala-

laciones de gas y de servicios municipales. El Albayzín es un barrio difícil, molesto, una atascada rémora del pasado a donde no llegan las bondades del incipiente progreso. La dura vida de sus gentes, registrada con franqueza por la cámara estereoscópica de Arturo Cerdá, transcurre adormecida. En Plaza Nueva, una anciana ofrece las ubres tibias de leche de su cabra recién parida. Hay pequeños comercios entoldados y puestecitos de churros y golosinas que evocan los dulces efluvios de los alfajores, jayuyos, mantecados y alajús confeccionados por las monjas torneras en sus conventos de clausura. Una manada de pavos gluglutean inquietos a la espera de un ávido comprador. “¡Agua fresquita y buena del Avellano!, ¡que acaba de bajar ahora!”, pregonan los aguadores. La Carrera del Darro es un ir y venir incesante de aguadores que desde la fuente del Avellano, emplazada en las faldas de los palacios nazaríes, transportan el género sobre el vencido espinazo de pacientes borricos. En el trayecto adoquinado, el agua chancletea juguetona dentro de los cántaros de barro, cubiertos con refrescantes ramajes de acacias y hojas de yedra. Otros se bastan con sus propias espaldas para portear el preciado líquido. Cargan con fatigosos cántaros metálicos, sujetados a modo de mochila, y desde ellos, a través de un largo pitorro, escancian el género limpio y cristalino en grandes vasos de cristal. Algunos sedientos transeúntes, expertos degustadores, prefieren acompañar la insípida bebida con un estimulante puñado de anises. Todo por un “chavico”.

“¡Agua va!”, se oye gritar desde el balcón de un segundo piso. La señora, arremangada hasta los codos, sujeta una amenazante palangana entre las manos enrojecidas. A su vecina, que vive en el primero, le resulta más cómodo atravesar la calle para vaciar el contenido usado de la jofaina en el cauce del río. Ni el alcantarillado ni el agua corriente existen en el Albayzín. El vital elemento es traído hasta el barrio desde las prominentes montañas de Alfacar, a través de las acequias, atanores y cauchiles construidos siglos atrás por sus primitivos pobladores andalusíes. Como es época de estío, el agua escasea, y hay que esperar

hora y día para su distribución por distritos y parroquias. Las mujeres acuden entonces a los aljibes pertrechadas con acetres, cubos y cántaros para extraer el agua almacenada. Las que no disponen de lavadero propio acarrean sus lebrillos gigantes y esmaltados para enjuagar y solear *in situ* la ropa. Sus sábanas y ajuares blancos se olean sobre los juncos que crecen a orillas del Darro, flamean al viento con olor a lejía en los tendedores de los huertos, cuelgan lacios sobre las rejas de los balcones, sobre las balaustradas y corredores de los patios de vecinos. En algunas corralas, centenares de arrobas de agua potable se acopian en el interior de enormes tinajones embutidos en los rincones más oscuros y húmedos del recinto. Reposan en un silencio de santuario. Sus anchas bocas de arcilla están cubiertas con pañuelos de fino tejido, y en las profundidades de sus vientres hinchados chapotea una especie de galápago capturado en el río Cubillas que, como un guardián consagrado, preserva el líquido tesoro de molestas impurezas. El fotógrafo aficionado, como un visitante indiscreto, enfoca su objetivo curioso en la intimidad bulliciosa de las casas de vecinos. La mitad de la población albayzinerá habita en estos inmuebles tristes



Tejedoras en el patio de una casa morisca de la calle Pardo.

nes y destartalados donde decenas de familias se apretujan en desabridas estancias sin ventilación. Las puertas y ventanucos abren hacia el espacio porticado del patio central. Los muros comunales son altos, circunvalados por largas galerías y balaustradas de madera. Reina la penumbra y el aire es denso. Todo vierte hacia el patio: en él se lava la ropa, se apila la leña de los braseros, se da cobijo a los animales domésticos, se instalan los misérrimos retretes sobre pozos ciegos y se encienden las bolas de carbón de encina para alimentar las hornillas. Junto a los precarios tabiques de las humildes viviendas, se alzan con agravio las tapias de los soberbios cámenes albayzineros: el cerrado paraíso de los hacendados del barrio. En ellos



Moldeando el barro en Fajalauza.

ronronea el agua de las fuentes de alabastro, y los senderos flanqueados de arrayán recorren suntuosos jardines de azucenas, jazmines y madreselvas que desembocan en coquetos miradores volcados hacia los bosques de la Alhambra y las brumas de la vega. La luz se filtra a través de los emparrados como un caleidoscopio sobre los pilones de piedra de los lavaderos, ubicados en el huerto aterrazado, donde engordan sus frutos carnosos las higueras, los granados y los membrillos. Un labrador se inclina sobre los surcos simétricos de la tierra humeante para sembrar las hortalizas de temporada. La gran mayoría de los habitantes del Albayzín son braceros y personas que trabajan en el campo, empleados en las fincas de los grandes propietarios. Sus minúsculas porciones de tierra no generan lo suficiente para aliviar el sustento diario de la familia. Es un barrio agrícola, de oficios modestos, de gentes entregadas a quehaceres manuales y a pequeños negocios. La única empresa capaz de ocupar a una cincuentena de obreros es la fábrica de cerámicas Fajalauza. Bajo los precarios chamizos del obrador se acumulan las enormes pellas de barro traídas desde las orillas del río Beiro. Todos, ajenos a la mirada escrutadora del fotógrafo, se hallan imbuidos en las tareas que les han sido asignadas. Unos se esfuerzan en amasar los grumos del barro hasta convertido en una pasta turgente y sedosa de color pastel. En la rueda chirriante de los tornos, soterrados en el suelo, los alfareros dan forma a botijos, cántaras, lebrillos y orzas que se apilan en el pavimento y en los anaqueles de las paredes. Otros, sentados en sillas de enea, aprovechan la claridad en el quicio de los portales para adornar con esmaltes cerámicos platos y cuencos de cocina. La leña proveniente de los frondosos montes de Huétor Santillán y de Beas de Granada, enciende las bocas rugientes de los hornos árabes donde cocerán esos cacharros de arcilla. Similar actividad anima los talleres en los que se fabrican

almireces y objetos de cobre: cazos, sartenes y peroles cincelados con primor para adornar las chimeneas de las casas, o más toscos para avituallar el hogar. La confección de tejidos y de prendas alpujarreñas también mantiene ocupadas a las hacendosas y resignadas hilanderas del Albayzín, con sus toscos telares instalados bajo los arcos de herradura de las casas moriscas.

En el vecino barrio del Sacromonte, sus pobladores gitanos viven sumidos en una pobreza aún mayor. Horadan sus viviendas a golpe de pico y pala en las mismas entrañas del cerro. Apenas unos tímidos brochazos de cal indican la entrada de sus cuevas, esparcidas



Gitanillas del Sacromonte.

en la áspera ladera entre la maleza de pitas y chumberas. Se ganan la vida como traperos y arrieros, hacen útiles de hojalata y venden cestos de mimbre y herramientas de metal que moldean en las sombras de la fragua. Los fuelles de cuero resoplan en las oquedades de la colina avivando las ascuas de carbón, y el martillo retumba monótono sobre el yunque donde se dan forma a los hierros incandescentes. Unas gitanillas aguardan altaneras en la puerta de Vulcano esperando cualquier provocación para iniciar una zambra, o quizás se hayan reunido para acudir juntas a las escuelas del Ave María: una insólita institución pedagógica con la que el canónigo del Sacromonte Andrés Manjón se propuso mitigar el hiriente analfabetismo que sufrían sus moradores.

Arturo Cerdá y Rico, el fotógrafo apasionado, vuelve sobre sus propios pasos, desandando con parsimonia las callejas empolvadas del Albayzín y el Sacromonte. En su ancho zurrón lleva apiladas las placas de cristal donde ha impresionado las imágenes de un mundo enclaustrado que se desvanecerá en el tiempo. Es el testimonio documental de un lugar y de una forma de vida que ya no existen, un pasado lejano que cuesta evocar con nostalgia.

